





COVID-19 Y EL ESTALLIDO SOCIAL  
MIENTRAS MIRO LAS ESTRELLAS



Richard Araya

COVID-19 Y EL ESTALLIDO SOCIAL  
MIENTRAS MIRO LAS ESTRELLAS



Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Richard Araya

ISBN: 979-13-88195-74-7

ISBN digital: 979-13-88195-75-4

Depósito legal: M-14278-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a todos los que sufrieron y murieron  
por la pandemia de covid-19.*



El día que dejé de ver a Martí, fue muy similar al que compuse mi mejor obra. Capitaneaba un barco en el que jamás se vivió el abordaje.

Solo un par de personas caminaban por la calle, afuera no había luz y por precaución apagamos todas las luces de la casa. Lo que no hizo más que preocupar más a mi familia, nos mirábamos como ratones en un naufragio.

No sé qué pasará después, cuando se prolongue el encierro obligatorio dado por las autoridades.

El comedor era el único lugar en el cual era posible que estuviéramos todos juntos. La casa era más bien pequeña, pero ubicada en un sector pudiente de la ciudad.

Afuera en la penumbra, sentimos unos ruidos fuertes, como disparos, mi hijo Fabián, el mayor de los dos que tengo, se asomó afuera, corriendo la cortina un poco.

—Papá, son militares.

Todos nos miramos, a mí me dio rabia, a mi familia miedo.

¡¡Maldito toque de queda!!

Golpearon fuertemente la puerta, me estremecí totalmente, temblando y con los ojos abiertos. Los miré a todos y solo me contestó el silencio. Martí no estaba, él es mi mejor amigo y además mi primo más querido.

Miré por el borde de la cortina. Era un grupo de cinco militares.

El día que compuse mi mejor obra, fue el día en que dejé de ahogarme en mi desgracia.

Gracias a la cuarentena, ya no podía abrir mi restaurante, solo los servicios básicos podían estar abiertos y me fui a la quiebra.

Solo hace unos meses, antes de haberme encontrado con Bull, que es médico, la verdad que jamás había pensado en comprar cigarrillos y cerveza.

La magia que encontré en esos elementos, son propios del ritual que los produce. Más la mezcla asfixiante de charlar y charlar durante horas, casi maniáticamente, me provocó el desahogo más grande que hace tiempo no había tenido.

La conversación a pesar de la borrachera, giró en torno a la situación que vivía el país y el mundo.

La gente salía a protestar a las calles, las marchas—el violador eres tú— decían las mujeres.

Lo malo fueron los saqueos a negocios y supermercados.

Lo terrible fue la represión y los muertos en «Democracia».

El covid-19 sin querer, ayudó al gobierno, ya que en una marcha no se puede mantener la distancia, el aislamiento social.

Mi país ya despertó y nuestros hijos no vivirán más en penumbras.

Lo bueno es que todavía tenemos luz y agua. En el sur no hay nada. La sequía ha arrasado con todo y las cosas suben y suben de precio.

Me ha sido imposible volver a repetir aquella sensación tan placentera. Hay veces que para producir un gran momento se mezclan muchos factores y aún no descubro la cantidad ideal de cada uno.

Para compensarlo, sigo visitando el mismo lugar, aunque desde hace un tiempo me voy más temprano, ya que el toque de queda es de las diez de la noche a cinco de la mañana. Como el bar me queda cerca, me voy a casa a las 9:30 de la noche.

Ahora todo lo que significa reunión de más de veinte personas está prohibido, es difícil mantener la distancia, entre uno y otro y como las mascarillas son carísimas y están agotadas, uso una que me hizo mi madre.

Ahora Bull debe estar en la clínica en que trabaja, en donde pasa la mayor parte de su tiempo. En turnos éticos de 12 y 24 horas. Me gustaría hablar con él, pero me da miedo lo expuesto que está al virus y que yo me contagie y muera.

La amistad para mí es como una atención médica, una vez resuelto el problema solo vuelvo si tengo otra dolencia, no es algo tan constante.

Hoy a pesar de todo, mis grandes dolencias son mi endémica falta de dinero y el haber perdido a la que creí el amor de mi vida.

Miki.

Por todos los medios de comunicación repiten una y otra vez que el distanciamiento social es una forma de prevenir el contagio del virus. Pero si esto afecta al general de las personas, es peor para las parejas de «enamorados».

Solo el mantener mínimo un metro de distancia, el no poder besarse, el no poder tocarse, abrazarse, esto nos convierte en una isla, abandonada en el océano de las mascarillas.

Ahora su uso es obligatorio, la policía a diario está fiscalizando eso.

Al principio nuestra solución fue tener sexo telefónico, enviar fotos audaces, desnudos o divertidas. Lo que nos faltó fue filmar videos eróticos. Nunca lo hicimos. Miki y yo estábamos hacinados en nuestras casas, guardando la cuarentena.

¡¡¡Maldita cuarentena!!!

Me dolió mucho el terminar mi relación con Miki. Ella estudia teatro, la conocí cuando fue a pedir trabajo de garzona a mi restaurante. Es una chica hermosa, delgada, pelo rapado, que iba y venía de un lugar a otro en su bicicleta.

Aparte de su juvenil atractivo, habla inglés y un poco de francés. Lo que me servía de mucho, al momento de atender al público.

En pocos meses la invité a salir, yo quería que fuéramos a una obra de teatro, pensé que le gustaría, pero terminamos el día en la playa. Bebiendo tequila con sal y limón.

Tuvimos más que una atracción pélvica y de ideales políticos en común.

Los dos pensábamos que las autoridades eran manipuladas y manipuladoras.

Ella siempre me repetía que las oportunidades están allí, y que solo hay que tomarlas y aún quiero creer que es así.

Respiro con cierta calma porque tengo en mi interior la convicción de que todo cambiará para mejor.

Para mejor y el mundo día a día se cae a pedazos. La pandemia me tiene aquí, pasando un día tras otro, con mis hijos, pero muy muy lejos de mi amante.

Ahora voy a perder el restaurante, mi única fuente de ingresos. Mi vida ha cambiado mucho.

Antes yo trabajaba en una tienda de *retail*. De vendedor. En cinco años, pasé a ser supervisor de piso, lo que me permitió juntar dinero.

Yo cumplí mi sueño de joven, el sueño de alguien bohemio y amante de la cocina, tuve mi propio restaurante de comida internacional italiana.

Digo tuve porque con todo lo que está pasando, ya mi negocio lo doy por perdido.

Primero fue que perdí todo lo que ganaba en la noche y la madrugada, ya que el maldito toque de queda me obliga a cerrar de las diez de la noche hasta las cinco de la mañana.

Luego tuve que cerrar, porque mi negocio no es de primera necesidad, no es farmacia, ni panadería ni almacén.

Lo único que me quedó es trabajar un par de semanas con *delivery* y aun así, las ventas bajaron en un 90%.